

Metáfora: enfoque lingüístico *

Nina D. ARUTIUNOVA
Academia de las Ciencias de Moscú

0. «Lo más grande del mundo es ser maestro de la metáfora. Esto no se puede aprender de otras personas. Es el sello de un genio», dijo Aristóteles, que fue quien abrió el camino multiseccular del estudio de este misterioso fenómeno, emprendido tras él por lógicos, filósofos, psicólogos, filólogos y lingüistas de distintas escuelas. Ese interés común por la metáfora se explica por el hecho de que en su insondable fondo yacen encubiertas las llaves de la semántica, de la poesía y de la ciencia.

Afirmó Shelley, «el lenguaje es vitalmente metafórico». Y García Lorca, a la pregunta ¿qué es la esencia de la poesía?, respondió: «¿Poesía? Pues, vamos, es la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse y que forman así como un misterio, y, cuanto más las pronuncia, más sugerencias evocan». E ilustró esta definición de la poesía con una metáfora. Se acordó de un amigo suyo y dijo que, hablando de él, «poesía es ciervo vulnerado».

Gracias al poder de la metáfora conocemos el mundo y, más que nada, el mundo invisible de las entidades interiorizadas en el alma humana. «Toda —o casi toda— la verdad que posee la humanidad fue ganada por metáfora» (C. S. Lewis).

En la lingüística moderna el interés por la metáfora fue estimulado por la

* La autora desea expresar su gratitud a la profesora Pura Guil por las sugerencias siempre oportunas sobre el argumento del artículo, así como por asumir la penosa tarea de redactar la versión castellana. El texto, ideado en principio para su lectura como ponencia en un Congreso —lo que por razones que no son al caso no pudo llevarse a efecto—, aunque revisado y ampliado, conserva básicamente el formato original, de ahí la carencia de notas e indicaciones bibliográficas.

discusión del problema de la desviación semántica, considerándose la metáfora en el marco de las anomalías semánticas interpretables. El grado de lo anómalo, su mismo carácter y las posibilidades psicológicas de su interpretación están condicionados por la concepción del mundo sustentada por cada pueblo, por su experiencia, fuerza creativa, imaginación, tradición folclórica y literaria, por el sistema de símbolos arraigado en la conciencia nacional. La metáfora, en contraposición a la estructura lógica del lenguaje, es un fenómeno íntimamente nacional.

Maestro de la metáfora se puede ser tan sólo en el ámbito del idioma natal, del mismo modo que la visión artística de un poeta siempre se encuadra en el panorama nacional. Sin embargo, un enfoque puramente lingüístico, que prescinde de lo individual e idiosincrásico de la metáfora y se fija en su funcionamiento comunicativo, permite hablar de algunas leyes bastante generales del lenguaje metafórico.

En este estudio se adopta un planteamiento funcional del problema de la metáfora; más concretamente, nos proponemos considerar las siguientes cuestiones ligadas entre sí:

1. La función sintáctica y el tipo semántico de la palabra.
2. La metáfora y el tipo semántico de la palabra.
3. La metáfora y la función sintáctica: metáfora vs. metonimia.
4. La metáfora y otros tropos homofuncionales.
5. La metáfora y los conceptos semiológicos.
6. Los tipos semánticos de la metáfora.

1.1. Partimos de unas premisas muy sencillas. Las dos principales y universales funciones sintáctico-comunicativas son la de identificar el tema —el objeto al que se refiere el hablante— y la de comunicar algo de este objeto, correspondiendo la primera función al sujeto de la oración y la segunda a su predicado. Estas dos funciones primordiales e inherentes a toda proposición normal dan origen a dos tipos semánticos de palabras: el léxico de sustantivos concretos y el léxico atributivo de adjetivos y verbos. El primer tipo sirve para identificar, el segundo para predicar, es decir, atribuir al objeto ciertas propiedades. Cada uno de los dos tipos acusa rasgos semánticos bien determinados. El léxico concreto y en primer lugar los nombres de las clases naturales —tales como *la encina*, *el pino*, *la liebre*, *el cerdo*, *el lobo*, *la trucha*, *la arena*, etc.— tienen una estructura semántica difusa y vaga que no se descompone netamente en semas distintivos. Sugiere algo así como el retrato de un representante típico de la clase correspondiente, basándose en el cual se llega a identificar el objeto denotado por la palabra. El léxico concreto muestra una marcada duplicidad semántica. De un lado, es enciclopédico, esto es, apela a los conocimientos del

mundo y en este sentido depende del nivel de desarrollo de la ciencia; de otro lado, es imaginativo, es decir, estimula una imagen del objeto designado. Tiene, por tanto, rasgos comunes con los nombres propios. Vamos a llamar a este tipo de semántica descriptiva y enciclopédica «vocablos-retrato». Es importante subrayar que, a pesar de lo borroso y difuso de su significado, cumple sin falla su función denotativa. La esfera de su referencia está bien delimitada. Sea cual sea nuestro concepto de la *ballena* —si la consideramos pez o mamífero— no nos equivocamos en la aplicación de esta palabra al mundo animal.

Las palabras cuya función principal es la de predicado (adjetivos calificativos, adverbios, verbos, sustantivos calificativos, funcionales y valorativos) tienen características semánticas bien distintas. Si el léxico concreto está adherido a la clase de objetos denotados, el léxico predicativo *se aparta de ellos* llevado por una poderosa fuerza centrífuga. La esfera de su aplicación no tiene límites fijos, puede asociarse con objetos de distintas y heterogéneas clases. Aun con todo ello, su composición semántica no tiene nada de borroso o inestable. Su significado es bastante preciso y en la mayoría de los casos simple: tiende a la monosemia. Siendo arbitrario y subjetivo su uso, su comprensión es objetiva y standard. Si no, no habría entendimiento mutuo. Para poner de relieve la contraposición de este tipo semántico al tipo *retrato*, usaremos la denominación «vocablos-pinceladas».

1.2. Además de las funciones indicadas, existen otras de carácter mixto, dos de las cuales son de cierto interés para el estudio de la metáfora: la función del sustantivo en las oraciones existenciales, o sus equivalentes, y la función vocativa. Cumpliendo una misión introductiva el nombre se refiere a un objeto conocido por el que habla, pero desconocido por el interlocutor, por ej., *Vivió una vez un rey. Había en esta ciudad un gran palacio real.* Tal uso precede a la referencia concreta, la asegura. El vocativo permite al interpelado identificarse como destinatario del discurso (*Ven acá, Paloma*) y, de otro lado, expresa la actitud personal del hablante hacia el interlocutor (*Ven acá, paloma*). En el primer caso, el vocativo cumple la función identificadora, y esto lo aproxima al sujeto, mientras que en el segundo caso, está más cercano al predicado. La dualidad funcional del vocativo ha estimulado la formación de una clase de vocablos de dualidad semántica, los hipocorísticos (*Rosita, Juanín, Teruca*), que ofrecen una amalgama de lo más objetivo (nombre propio) y de lo más subjetivo (actitud personal).

2.1. Para el análisis de la metáfora es de suma importancia la distinción entre la semántica difusa y descriptiva de los vocablos-retrato (léxico concreto) y la significación monosémica y precisa de los vocablos-pinceladas.

2.2. La germinación espontánea de un sentido nuevo se efectúa en el seno de nociones y conceptos sintéticos y poco netos, faltos de claridad y acompañados de una multitud de connotaciones y asociaciones. Los vocablos-retrato crean un ambiente favorable para que maduren en ellos sentidos metafóricos, de forma que el significado descriptivo correspondiente al léxico concreto siempre está preñado de metáforas latentes. Se pueden obtener sin esfuerzo algunas acepciones metafóricas de tales sustantivos, como *oso*, *lobo*, *roble*, *víbora*... Su poder de engendrar metáforas es evidente. Pero sería equivocado deducir de ello que la metaforización se efectúa dentro de la función sintáctica de sujeto propia del léxico concreto. La metáfora está ligada a la función de predicado. Una metáfora clásica y ejemplar viola la correspondencia entre el tipo semántico y la función sintáctica, con lo que el léxico concreto, predestinado a cumplir la función de sujeto, pasa a desempeñar la de predicado. La metáfora es, pues, el producto de un cambio funcional. Es una invasión de la síntesis en el dominio del significado analítico, de lo imaginativo en la esfera de los conceptos racionales: lo concreto usurpa el monopolio de las categorías abstractas. Y si en el lenguaje poético poco explícito la metáfora pasa a cumplir la función nominativa, eso quiere tan sólo decir que arrastra tras de sí su misión predicativa (calificativa) a la posición de sujeto.

3.1. Aunque no sea muy severa, existe una correspondencia no sólo entre el tipo de significado léxico y la función comunicativa, sino también entre ésta y los tropos. Comparemos la metáfora y la metonimia del tipo *pars pro toto* (sinécdoque). Mientras que la metáfora se produce en el seno del predicado, la metonimia funciona en la posición de sujeto o de complementos de referencia concreta: están, por tanto, distribuidas funcional y sintácticamente. Las metonimias, como *Cuatrodedos*, *Barbarroja*, *(La) Caperucita Roja*, sirven para identificar a una persona concreta y fácilmente se convierten en apellidos o apodos. Las metáforas (*un roble*, *un lince*, *un mico*, *un conejo*) sirven para caracterizar. Para la metonimia es más apropiado el artículo determinado, en cambio para la metáfora lo es el indeterminado.

3.2. Vale la pena notar que en las oraciones existenciales y sus equivalentes, que sirven para introducir en el mundo de la narración al protagonista u otro personaje, no aparecen metáforas ni tampoco metonimias. No se puede atribuir sentido metafórico al sustantivo en tales oraciones, cfr. *Vivió una vez un lince*; *De repente vi un conejo*; *Me salió al paso un lobo*. Tampoco se puede empezar un cuento con el sustantivo metonímico, por ej. *Vivió una vez una caperucita roja*, ya que tal comienzo puede dar a entender que se trata de una prenda de vestir

personificada y no de una niña. La función introductiva, como norma general, rechaza los tropos y prefiere denotaciones directas, más que nada sustantivos taxonómicos.

Muy distinto es el comportamiento del vocativo. La dualidad de su condición funcional —identificar al interlocutor o expresar la actitud del hablante hacia él— no alcanza la fusión, de modo que las funciones admitidas por el vocativo son separables. La posición del vocativo, por tanto, permite el uso tanto metafórico como metonímico del sustantivo, cfr. *Cállate, zancas vanas, que mucho creces, pero poco granas; Dispensa, paloma; Te lo digo a ti, Cuatrodedos.*

4.1. Hemos visto que metáfora y metonimia forman o pueden formar un *contraste sintagmático*. Aunque brevemente, nos ocuparemos ahora de la relación entre la metáfora y algunos otros tropos que coinciden con ella en su orientación sintáctica, formando así una oposición paradigmática.

4.2. Uno de los tropos más comunes es la comparación, con la que la metáfora está íntimamente relacionada, considerándose muchas veces como una *comparación condensada, abreviada, en la que está suprimido el signo comparativo: es como un burro → es un burro*. La diferencia entre ambos tropos consiste en que la metáfora revela una *cualidad permanente* del objeto caracterizado, en tanto que la comparación puede expresar cualquier parecido, *sea constante o temporal*. Se puede decir que la comparación es el *miembro extensivo* (no marcado) de la oposición, mientras que, en cambio, el uso de la metáfora es más limitado, ya que indica sólo una cualidad inherente del objeto. Esta es la razón por la que se evita emplear la metáfora en oraciones como **Ayer fue un burro*, diciéndose más bien *Ayer se portó como un burro* (o *un animal*) (cfr. **Está un camión* y *Está como un camión*). A veces se acude a la comparación con el único fin de neutralizar o atenuar la indicación a la cualidad permanente: *Se comportó como un bellaco* (*traidor, embustero, tonto, mentiroso*, etc.). La comparación suaviza la afirmación, la hace menos categórica y con tal fin se antepone *como* a los adjetivos (*Está como loco; Andaba como atontado*). Más aún, se usa la comparación en los casos en que no existe comparación propiamente dicha: es una comparación sin comparación. El motivo de tal uso hay que buscarlo en su capacidad de imponer el límite temporal a la cualidad o función del objeto, cfr. *Obró (actuó) como un especialista; Te lo digo como maestro*. A diferencia de la metáfora, la comparación no produce cambio del sentido, es decir, no opera en la esfera semántica.

Además de la diferencia semántica existe también entre los dos tropos —la metáfora y la comparación (el símil)— una diferencia sintáctica. El símil

extiende el texto; la metáfora, en cambio, lo condensa. La transición del símil a la categoría de metáfora, la metaforización de un símil, no sólo elimina el adverbio *como*, no sólo reduce el predicado a cópula, sino que también excluye todas las palabras dependientes, porque la metáfora es sumamente lacónica y no sugiere preguntas tales como: ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿en qué aspecto?, etcétera (Cfr. *Se puso fuerte como un roble* y *Es un roble*; *De tanto como habla parece una cotorra* y *Es una cotorra*).

La metáfora es una sentencia dictada sin vista de la causa. Evita hasta los adverbios de intensificación. Se puede decir *es muy mujer* (*muy hombre*), pero no *es muy paloma* (*muy tigre*, *muy león*).

Existe otra diferencia importante entre la metáfora y el símil que se refiere a los objetos comparados. Se puede ver la similitud entre una clase y un individuo, entre dos objetos concretos, así como entre objetos y clases del mismo tipo o de categorías diversas. Es muy natural hablar de la semejanza entre madre e hija, entre dos ciudades, entre el cantar de una alondra y el acento de una mujer, etc.

La metáfora reduce el campo de los objetos comparados y admite tan sólo la comparación entre un objeto y la clase de la cual no forma parte, ya que proviene de una «equivocación categórica» hecha a propósito: hace entrar el objeto caracterizado en una clase impropia. Un ser humano no puede ser ni león, ni lobo, ni gusano. Sin embargo, decimos que lo es. Con ello no sólo afirmamos su pertenencia a una clase que le es ajena, sino que también negamos su taxonomía natural y razonable. De ahí que, refiriéndonos a un hombre, digamos: *No es un hombre, es un animal*.

Por tanto, resulta evidente que la metáfora no es sólo una comparación abreviada, sino que encierra también una contraposición taxonómica en la que está eliminado el primer término, el cual, sin embargo, es necesario para su interpretación. Sin saber de qué hablamos, si de un ser humano o de un objeto de adorno, no podemos atribuir su justo sentido a la palabra *joya*.

4.3. Semejante, pero diversa, y de la metáfora, es la metamorfosis, tropo casi desaparecido a causa de su ligazón con el pensamiento mitológico, el cual no impone fronteras infranqueables entre distintas formas de existir que libremente se convierten unas en otras: hombres en lobos, mujeres rencorosas en gatas o víboras, princesas en ranas o palomas. Quizá se pueden ver huellas de este tropo en construcciones del tipo *Está hecho una fiera* (*un basilisco*). La metamorfosis ofrece una identificación temporal y episódica de los dos objetos.

4.4. Estos tres tropos —metáfora, comparación y metamorfosis— capaces de ocupar la posición de predicado, están relacionados entre sí. La comparación y la metamorfosis prefieren la posición dependiente del verbo, pero se diferen-

cion entre sí con respecto a la identificación de los objetos: la metamorfosis identifica objetos materialmente distintos, mientras que la comparación no hace más que aproximarlos. Ambos tropos indican una interrelación pasajera de los objetos, rasgo que resulta obligatorio para la metamorfosis, pero no para la comparación. Por otro lado, la metáfora y la metamorfosis comparten la capacidad de identificar los objetos, pero se distinguen por lo constante o pasajero de tal identificación. Finalmente, la metáfora se diferencia de la comparación por señalar un rasgo permanente del objeto, mientras que esta última puede llamar la atención sobre cualquier rasgo, sea constante o pasajero, propio de una manifestación episódica.

A modo de resumen de lo anterior puede retenerse lo siguiente: a) en el plano sintagmático la metáfora corresponde a la posición de predicado y forma contraste con la metonimia (sinécdoque) que corresponde a las partes de la oración con referencia concreta (sujeto y complementos); b) en el plano paradigmático la metáfora está contrapuesta a otros dos tropos, la comparación y la metamorfosis, por lo constante o pasajero de la propiedad señalada y por identificar o no identificar los correspondientes objetos.

5.1. ¿Cuál es la posición de la metáfora con respecto a los principales conceptos semiológicos, el símbolo y el signo? ¿Qué tienen de común y qué de diverso? ¿Qué es lo que permite considerarlos conjuntamente? Los tres —metáfora, símbolo y signo— tienen como fuente y base conceptual *la imagen*, que no es una noción semiológica propiamente dicha, pero sí que es ya bilateral, lo que quiere decir que en el marco de la imagen se perfilan, aunque no convencionalizados, el significante y el significado.

La metáfora y el símbolo han heredado de la imagen ciertos rasgos comunes. Los dos surgen espontánea e imponderablemente, su significado no es nada preciso, su interpretación subjetiva. No sirven para fines comunicativos. Ni la metáfora ni el símbolo equivalen a una oración dotada de fuerza ilocutiva: por medio de ellos no se puede dar órdenes ni asumir obligaciones. No tienen destinatario concreto. Esta carencia de función comunicativa los contraponen al signo, la noción semiológica básica. Con un signo, cualquiera que sea su forma, se puede dar permiso, prohibir, hacer callar, etc. Es un instrumento comunicativo en manos del hombre.

5.2. La metáfora y el símbolo son similares, pero no idénticos: marcan distintas direcciones en la evolución del concepto de la imagen.

Para la metáfora el significado es de primordial importancia. Su término *ad quem* es una acepción recta, desprendida de asociaciones con la imagen. Hablando de una *hoja de afeitar* no pensamos en el mundo vegetal.

Para el símbolo es más importante la forma, que se hace cada vez más exacta. Su término *ad quem* es muchas veces una figura geométrica: un punto, un círculo, un triángulo, etc. Todas las figuras geométricas simples son símbolos que tienen diversas interpretaciones según el sistema cultural al que pertenecen. Pero mientras que la forma de los símbolos es siempre neta y reconocible, su significado es vago. Evoca ideas nebulosas, a veces místicas. El mejor contexto para el símbolo es la religión, para la metáfora las bellas artes. Pero, aunque la metáfora se modela en el seno de las bellas artes, no constituye su cumbre. García Lorca, aun acudiendo a la metáfora para explicar la esencia de la poesía, la consideraba, sin embargo, «hija directa» de la imaginación y no de la inspiración, de esa imaginación poética que «viaja y transforma las cosas, les da su sentido más puro y define relaciones que no se sospechaban; pero siempre, siempre, siempre opera sobre hechos de la realidad más neta y precisa», que es un «descubrimiento», mientras que, en cambio, la inspiración es «un don, un inefable regalo», «un estado del alma», donde «ya las cosas son porque sí, sin efecto ni causa explicable. Ya no hay términos ni límites, admirable libertad».

5.3. Existe aún otra distinción entre la metáfora y el símbolo. En tanto que la metaforización de la imagen es un proceso semántico, la conversión de la imagen en símbolo es el producto de un proceso extralingüístico. Cuando una imagen asume cualquier función, sea social, religiosa, cultural o individual, se alza al nivel simbólico y empieza a ejercer influencia en la vida humana.

En resumen: la imagen pertenece a la esfera psicológica, la metáfora entra en el campo de la semántica, el símbolo desempeña en la vida humana una función social o espiritual, y el signo es un instrumento comunicativo.

6.1. La cuestión que se nos plantea si pasamos ahora a considerar la metáfora desde el punto de vista lexicológico es la de determinar cuál es la base semántica más apropiada para dar origen a los sentidos metafóricos.

Ya hemos señalado que la premisa principal de este estudio y nuestro punto de arranque es la división de los significados léxicos en dos tipos principales: palabras identificadoras con un sentido difuso, pero con zona de referencia precisa (vocablos-retrato) y palabras predicativas con un sentido preciso, pero con zona de aplicación arbitraria y subjetiva (vocablos-pinceladas). La metaforización del sentido puede producirse dentro de los límites de cada una de estas dos magnas clases, pero también puede ir acompañada del cambio categorial, es decir, junto con la metaforización se efectúa el tránsito de la palabra de un tipo al otro. Consideraremos a continuación estas cuatro posibilidades.

6.2. El proceso de metaforización no traspasa el marco del léxico concreto (identificador) cuando la metáfora no es más que un recurso nominativo. Se acude a ella en busca de nombre para una clase de objetos. Sería quizá más justo decir que la etapa predicativa es pasajera y no deja huella en el campo semántico del lenguaje. La metáfora de este tipo es un medio técnico de sacar un nombre nuevo del léxico viejo, por ej., *ojo de buey*, *pie de montaña*, *hoja de afeitar*. Es evidente que este tipo de metáfora es un medio nominativo más que semántico. La imagen que proporciona al lenguaje no le hace ninguna falta. El léxico concreto no puede aprovechar la duplicidad semántica, que tan sólo podría impedir que el sustantivo cumpliera su función de identificar los objetos designados. El proceso semántico realizado se reduce a la sustitución de un significado concreto por otro significado de igual tipo, es decir, un retrato cede el lugar a otro. Puede, por tanto, decirse que la metáfora nominativa forja homónimos.

Esta clase de metáfora se basa en la similitud claramente perceptible entre objetos, ya que apela más a la vista que a la imaginación: no saca a relucir la esencia secreta del objeto oculta a la mirada de la gente sin intuición poética. No sugiere, indica. Es, pues, una metáfora poco metafórica que, tras cumplir su función nominativa, pierde su propia condición de metáfora.

6.3. Veamos ahora la metaforización semántica que opera en el seno del léxico predicativo (vocablos-pinceladas). Consiste este caso en el cambio de la clase de objetos a los que se aplica tal o cual verbo o adjetivo, es decir, en la atribución al objeto caracterizado de propiedades «ajenas», por ej., *mente aguda*, *dolor agudo*, *lengua afilada*, *corazón ardiente*, *vista apagada*. Este tipo de metáfora también brota de la comparación: *el sonido del viento se parece a los aullidos (rugidos) de una bestia* → *el viento aúlla (ruge) como una bestia* → *el viento aúlla (ruge)*. La metaforización ensancha la esfera de aplicación del adjetivo o verbo, mientras que su sentido mengua. Del significado del verbo *aullar*, por ejemplo, se elimina la indicación al ser vivo y a su estado emocional, pero, a la par que se empobrece su sentido, se efectúa una diferenciación más fina de los ruidos de la naturaleza, y así, los sonidos producidos por el viento se descomponen en *aullidos*, *rugidos*, *sollozos*, *silbidos*, *llanto*, *quejidos*, *ronquidos*, *bramidos*, *susurros*, *chillidos*, etcétera.

Las tendencias que prevalecen en la metaforización verbal y adjetival son bien conocidas. Se reducen a dos principios esenciales: el paso de lo concreto a lo abstracto y el principio de antropomorfismo y zoomorfismo. Las mayores potencias metafóricas las poseen los significados descriptivos y concretos, como los de los verbos *morder*, *masticar*, *cantar*, *marchitar*, *nadar*, *flotar*, *madurar*,

derretirse, correr, susurrar, surcar, nacer, morir, luchar, etc., y los de los adjetivos *dulce, amargo, áspero, blando, duro, etcétera*.

Si hacemos abstracción de la metáfora poética y ocasional, y nos concentramos en la que opera en el léxico común y cotidiano, vemos que la metáfora de este tipo sirve principalmente para fines cognoscitivos, llenando huecos semánticos. Es el instrumento no sólo para dotar de nombre una cualidad o una acción, sino también para *descubrirla*. La revela y le da nombre. Por ello, es importante a la hora de formar la esfera de predicados aplicados a conceptos y entidades abstractos, entes sin substancia cuyas propiedades se conocen por medio de la analogía con objetos físicos accesibles a la percepción.

La metáfora cognoscitiva es un medio capital para dotar al idioma de predicados psicológicos, esto es, de léxico referido a esferas invisibles. El mundo exterior, con sus cualidades estáticas y dinámicas, crea el modelo para el microcosmo, y así el léxico físico se transforma en psicológico. Los adjetivos que designan cualidades físicas tales como *duro, flojo, blando, ardiente, pesado, profundo, brillante, fino, oscuro, recto, etc.*, se usan también para determinar condiciones psicológicas del ser humano.

La metáfora cognoscitiva es también fuente abundante de los atributos y predicados que se aplican al mundo de sucesos, acontecimientos, conceptos y pensamientos ideados por el hombre. En este caso la metáfora contribuye a formar adjetivos y verbos de significado amplio, abstracto y descolorido que son capaces de combinarse con nombres de muy distinta condición semántica, cfr. *andar, crecer, brotar, desarrollarse, perecer, nacer, madurar, morir, crear, construir, destruir, conducir, seguir, encaminar(se), etc.* Tal amplitud semántica y combinatoria abastece al idioma de predicados de sentido lógico (causal, concesivo, condicional, etc.). Desecada y escuálida, falta de vigor, la metáfora «intelectual», tras cumplir con su misión de generalizar las nociones, se apaga en el acto. Lo específico al igual que lo generalizante es obra de la metaforización semántica.

El estudio de los predicados metafóricos referidos a elementos del mundo interior del hombre —a su conciencia, voluntad, emociones, esfera intelectual, intuición, etc.— revela la condición ontológica de cada uno de los componentes de la personalidad humana. Así, el grado de dinamismo de las distintas esferas psíquicas se manifiesta de manera inmediata en la aptitud de los sustantivos correspondientes para asociarse con los verbos de movimiento. La esfera más dinámica y movediza del microcosmo es la intelectual, como evidencia la naturalidad con que entra en contacto la palabra *pensamiento* con verbos tales como *volar, correr, fluir*, al igual que se manifiesta a través de expresiones usuales como *inteligencia rápida*. Esta caracterización del pensamiento mediante la noción de ‘rapidez’ (‘velocidad’), resulta explicable si tenemos en

cuenta que los esfuerzos intelectuales siempre van encaminados a una finalidad. En cambio, los nombres pertenecientes a la esfera emocional (*amor, odio, alegría, tristeza, sentimiento*, etc.) prácticamente no se combinan con los verbos y adjetivos de movimiento, ya que las emociones y los estados emocionales, aunque pueden llevar a la comisión de toda clase de locuras, no tienen, sin embargo, una finalidad determinada. Por ello, resulta poco natural preguntar *¿Para qué la amas?* Al carecer las emociones de rapidez, los verbos de sentido dinámico pueden tan sólo indicar el comienzo, la duración y el fin de estados emocionales, pero nunca la velocidad de su desarrollo, cfr. *Le sobrevino una depresión; Se me pasó la murria*. Lo que nos lleva en definitiva a determinar que es según su intensidad y período de duración como se evalúan los estados emocionales. De este modo el estudio de los sentidos metafóricos de los verbos y adjetivos cobra un cierto valor metodológico: el de hacer traslucir la esencia de algunas entidades invisibles del microcosmo.

6.4. Es muy distinta la metaforización del sentido que tiene como punto de partida el léxico concreto (palabras-retrato) y como punto de llegada los predicados semánticos. La metáfora de este tipo extrae el sentido atributivo del sustantivo, esto es, una cualidad de la substancia. Constituye un recurso puramente semántico que proporciona al lenguaje acepciones más sutiles, imágenes más frescas y sugestivas. Es un relámpago a cuya luz fugaz y deslumbradora se ve la esencia secreta de las cosas. Es la metáfora más metafórica y por ello la más persistente. No quiere morir recién nacida, por lo que procura retener las dos imágenes a la vez sin perder la duplicidad semántica e imaginativa propia de la metáfora. Ofrece una característica condensada y expresiva al mismo tiempo: *es un animal (un roble, una muñeca, una roca, un zorro, una veleta, un besugo, una malva, una sanguijuela)*. La metáfora de este tipo deja la posibilidad de interpretaciones subjetivas: no indica, sugiere. Claro está que las posibilidades de variación de su interpretación tienen un límite, impuesto por el sujeto de la metáfora con el que debe ser compatible la acepción metafórica.

Mediante esta clase de metáforas se introduce en la estructura semántica de la palabra una acepción figurada.

6.5. El proceso semántico que sigue la dirección opuesta, es decir, el que tiene como punto de arranque un sentido atributivo (cualidad abstracta) y va hacia lo concreto, no crea metáforas. Obsérvese cómo expresiones del tipo *Eres mi felicidad (pesadilla, alegría, vida, perdición)* no constituyen usos metafóricos. Tales usos están basados en una relación causativa: *eres mi perdición = eres causa de mi perdición*.

6.6. Como resumen de lo anteriormente dicho, puede proponerse la siguiente clasificación de la metáfora lingüística:

- a) metáfora nominativa, resultado de la sustitución de un significado descriptivo por otro de igual tipo y que es fuente de homonimia;
- b) metáfora imaginativa, pintoresca, figurativa, originada en el paso del sentido concreto a la categoría de los predicados semánticos y que contribuye al desarrollo de sinonimia;
- c) metáfora cognoscitiva, creadora de polisemia, que nace como consecuencia de una infracción de las reglas semánticas de combinación de palabras, y
- d) metáfora generalizante, que es el término final del desarrollo metafórico cognoscitivo y produce vocablos de sentido amplio y poder combinatorio casi ilimitado.

En todos los casos, tarde o temprano, la metáfora pierde viveza, languidece y por fin desaparece. Cuanto más fuerte es su ligazón con la finalidad nominativa, tanto menor resistencia muestra. El aspecto nominativo es, por así decir, *metaforizada*. Atendiendo a su grado de estabilidad, podemos disponer los diversos tipos de metáfora a lo largo de la siguiente escala descendente: la imaginativa > la cognoscitiva > la nominativa > la generalizante.

La metáfora no encuentra sitio ni amparo en ninguna función comunicativa. Para desempeñar la función identificadora (la de sujeto y complementos de referencia concreta) es poco precisa, demasiado subjetiva, no indica con exactitud infalible un objeto determinado. Para cumplir la función de predicado resulta muchas veces ambigua y puede conducir a equívocos. Obsérvese que un uso metafórico no corriente puede provocar la pregunta *¿Qué quieres decir? No caigo en la cuenta*. Pregunta de la que sólo los poetas pueden salvarse, o en todo caso, responder: *He dicho lo que he dicho*. Porque las iluminaciones no tienen explicaciones exactas y su comprensión es siempre personal y subjetiva: las obras de arte admiten la multiplicidad interpretativa. Por eso encuentra la metáfora su residencia natural y confortable en el seno del lenguaje poético, que sabe respetar su ambigüedad y pluralidad semántica. La metáfora está, pues, ligada a la función artística del lenguaje y no a la informativa (comunicativa), ya que apela a la imaginación e intuición y no al intelecto.

Sin embargo, ningún idioma puede prescindir de este recurso que estimula el desarrollo de su técnica nominativa y el de sus procedimientos semánticos y sin el cual se carecería del léxico que cualifica entidades de mundos invisibles, faltarían sinónimos de finos matices semánticos y no se contaría con predicados (verbos y adjetivos) de amplias posibilidades combinatorias. La vida lingüística

de la metáfora, su destino dentro de los sistemas léxicos, revela la paradoja principal de la lengua consistente en que el objetivo inmediato de cualquier acto creativo es siempre contrario a su resultado final. Aunque ansiosa de lo individual, concreto y subjetivo, la metáfora, sin embargo, no produce, fuera del lenguaje poético, más que acepciones generales y comunes. Es una etapa transitoria en la producción de las materias primas a partir de las que se elabora el significado de las palabras.